

no te repita mil veces que te quiero. En decirte mis disgustos se me ha ido el rato. No tengo tiempo para más; pero ya sabes que te adora tu amantísimo

PEPE.

¿Tardaréis muchos días en volver? ¿Cómo ha encontrado tu padre el distrito? Esperas que á tu regreso podamos vernos con frecuencia? No quisiera sentar plaza de pegajoso y, sin embargo, deseo que don Luis me necesite para poder verte y hablarte. Escríbeme mucho."



XX

Don José comenzó á empeorarse, y con sus molestias, que iban diariamente en aumento, arreciaron los gastos.

En un principio determinaron la dolencia de la vida sedentaria, la desmedida codicia en el comer y su natural plétora sanguínea: luego vino el dormirse fácilmente en cualquier parte, el echar vientre y digerir á duras penas, acentuándose la repugnancia á todo esfuerzo físico. Con este desorden en el organismo, manifestó cierta volubilidad de carácter; completándose el cuadro del que los médicos dicen estado artrítico, amén de otros síntomas que llaman sucios, hasta que por fin estalló la enfermedad, fijándosele el dolor en un pie, que se le puso hinchado, de color rojo y con las coyunturas muy sensibles. El pri-

mer acceso fué violento en extremo: posteriormente, al acostarse, en seguida conciliaba el sueño; pero al poco rato despertábale la rabia del dolor, tardando algunas horas en recobrarlo; repitiéndose estos exacerbamientos hasta que, posesionado el mal de ambos pies, quedó el infeliz postrado y sujeto á pasar los días de la cama á la butaca, y de ésta á aquella. Al carácter agudo del padecimiento siguió el crónico; los ataques perdieron en intensidad, ganando en duración: tuvo fiebre, y en lo sucesivo raro fué el día que pasó medianamente. Con tal situación, cuando mayores cuidados y atenciones pedía el enfermo, coincidió el enfrascarse doña Manuela con cosas de la iglesia, y ella, antes tan compasiva y solícita, fué, sin darse cuenta, pecando de olvidadiza y negligente, sin mostrar mala voluntad; pero el resultado era el mismo que si la tuviera. A pesar de estar su vista cansada por los años, emprendió la tarea de bordar un paño de altar para regalo á la parroquia, y mientras tenía caladas las antiparras y la aguja en la mano, aunque su esposo la llamara, tardaba en acudir. El darle las medicinas á hora fija quedó supeditado á más santas atenciones, y comenzó á moles-

tarla el escuchár quejidos, por antojársele muestra de poca esperanza y ninguna resignación. Don José se devanaba los sesos, sin lograr explicarse aquella transformación ni acertar cómo pudo Tirso trocar tan pronto en beata á la que nunca fué devota, siendo lo peor del caso que no le dió la piedad por el amor al prójimo, ni por arreciar en el cuidado de su casa, sino que miraba el hogar y la familia como objetos inferiores. No decía palabra contra las necesidades ordinarias de la vida, ni renegaba de la materia, ni ensalzaba la superioridad de lo ideal sobre lo terreno, mas claramente se veía germinar en ella la semilla dejada crear por Tirso.

Lo más extraño fué que, de exageradamente limpia, se hizo algo desaseada, como si alguien la hubiese convencido de que nadie debe atender primero al lavado del cuerpo que á la pulcritud del alma. Por último, todo gasto le pareció exorbitante y, cuando el médico habló de hidroterapia y en la casa de baños dijeron que llevar á domicilio un aparato necesario costaba un duro por cada viaje, fué de opinión contraria al remedio, trocando por vez primera contra las *invenciones de ahora*. Delante de Pepe se contenía cuanto

le era posible; pero ya toleraba de mala gana cualquier broma que trascendiese á incredulidad; y como el estado de las cosas por aquel tiempo hacía que todas las conversaciones fuesen á caer á la guerra, y hablar de ésta era hablar del clero, Doña Manuela oía con disgusto á su hijo y su marido, cuando el primero alardeaba de republicano y el segundo de progresista á la antigua. Bastaron unos cuantos meses, transcurridos desde la llegada de Tirso, para que le repugnase ya escuchar ciertas conversaciones: á veces hasta intentaba oponerse á ellas con tonterías de marca mayor, por hablar de lo que no entendía.

Don José continuaba firme en su afición á leer y comentar las noticias de la guerra, lecturas y comentarios en que acababa siempre maldiciendo contra el absolutismo y la lucha civil; Pepe, después de comer, permanecía un rato acompañándole, y estos eran los mejores momentos que el viejo pasaba, porque casi siempre estaban de acuerdo el padre y el hijo. Don José conservaba el vigoroso arranque del antiguo partido progresista; Pepe, prematuramente escéptico, dado á violencias, como quien siendo joven está ya harto de

traiciones, proponía á los males públicos remedios más enérgicos. En cuanto al modo de terminar la guerra civil, estaban conformes: había que concluirla, no por pacto, sino por fuerza de armas. Tirso, si les oía, procuraba contenerse; mas algunas veces le era imposible disimular, y sintiéndose ya fuerte, terciaba en la conversación, mostrando, no simpatía tibia, sino ardor de sectario por la causa del absolutismo.

El año anterior, cuando la guerra franco-prusiana, había comprado Pepe un mapa barato, en el que seguía con alfileres y banderitas las marchas de ambos ejércitos: Don José, por distraerse y llevado de la atención con que consideraba el duelo entre la revolución y el carlismo, repitió el entretenimiento. Mandó á Pepe que colocara en la pared una carta geográfica de toda la parte superior de España y, á cada parte de la *Gaceta*, á cada nueva de lo que ocurría en los campos de batalla, iba marcando los lugares ganados ó perdidos por los soldados del ejército liberal ó las huestes del Pretendiente, con lo cual Tirso hallaba justificado motivo para comentar noticias, atenuar triunfos y exagerar derrotas, según quien salía victorioso.

El estado de España era á la sazón desconsolador. El país se había convencido de que, si el carlismo no contaba con elementos para vencer, tenía los bastantes para ensangrentar la mitad del territorio de la patria. En los comienzos de 1873, las partidas alzadas en armas eran pocas; pero aumentaron pronto. La insurrección de Vizcaya no inquietaba; el carlismo aragonés veía fracasar su intento en Santa Cruz de Nogueras, y los castellanos parecían difíciles de arrastrar; más ya había fatales indicios de que la lucha sería ruda. Un jesuita amenazó con horribles fusilamientos, más tarde realizados; hubo cabecilla que, habiendo licenciado en Pascuas de Navidad sus tropas, las congregó á toda prisa; se armó el Maestrazgo; creció el pleigro en Cataluña y llegaron las boinas blancas hasta más acá del Ebro. La frecuencia con que el ejército liberal mudaba generales y los errores del Gobierno central, servían de sarmientos á la hogera: apenas pasaba día sin que entrara de Francia algún jefe insurrecto; Navarra era un volcán; asaltábanse los trenes de viajeros, y un cura famoso inauguraba la larga serie de sus repugnantes maldades. Madrid, en tanto, servía de asilo á comités ó juntas fomentadoras del

levantamiento, y la misma libertad, combatida en los campos á balazos, era en la Corte aprovechada impunemente por el bando faccioso. Tirso, como si todo esto le alegrara, comenzó á mostrarse satisfecho sin disimulo y arrogante sin cautela: diríase que en la lucha jugaba algo su interés y que, por extraña aberración, veía más fácil el morarlizar á su familia según se iba desquiciando la patria. Por fin, manifestó desembozadamente sus ideas; dijo con franqueza que era carlista y, cuando su padre leía ó hacía que le leyese noticias de la guerra, tomaba parte en los comentarios, oponiendo cálculos á cálculos y versiones á versiones.

Los informes de Pepe procedían generalmente de las imprentas donde se tiraban extraordinarios y hojas volantes de periódicos, que mentían con frecuencias: las nuevas de Tirso tenían origen desconocido; pero, á veces, se anticipaban á las oficiales, eran más exactas ó llegaban á confirmarse, acusando todo que el manantial en que las bebía era bueno; con lo cual Pepe fué convencido de que su hermano frecuentaba gente directamente interesada en los acontecimientos, y corroborándose en la idea de que el viaje de Tirso

fué el desempeño de una misión más ó menos importante, pero indudable. Ya estaba explicada su actitud anterior. Los primeros días de su estancia en Madrid temió ser descubierto, y no salió á la calle sino una vez ya de noche; visitó luego un caballero, y desde entonces se mostró más abierto y franco, como si aquellas visitas le quitaran peso de encima; por último, perdió el miedo, y justamente dió á entender su satisfacción por la marcha de los sucesos y la influencia ejercida en el ánimo de su madre.

Esto último no pudo permanecer oculto á don José; pero respecto á la sospecha de ser Tirso agente subalterno de los carlistas, nada quiso decir Pepe á su padre, convencido del disgusto que había de experimentar. Harto comprendía él que las luchas políticas, por rara excepción, tienen hoy el infame privilegio de enconar las divisiones de familia; mas no se le ocultaba que para el viejo y entusiasta partidario del progresismo, para el admirador de los que pusieron término á la primera guerra civil, sería triste pesadumbre saber que un hijo suyo, hecho clérigo á hurtadillas, era agente y servidor de los facciosos. Don José no lo conjeturaba todavía: su curiosidad es-

taba despistada por el empeño de saber cuál había sido el objeto del viaje.

—Tirso es carlista—decía hablando con Pepe—ya no lo oculta: pero, ¿á qué diablos habrá venido?

—Se me figura que á pretender: querrá ser canónigo, y como parece vanidoso, no nos dirá nada por si no logra su objeto.

—Lo que más me duele es que está trastornando á tu madre. Esta mañana han ido las dos á confesarse y han vuelto á las diez: total, que me han dado la medicina muy tarde y no puedo comer hasta dentro de hora y media. Y mira, mira, como anda todo.

Pepe miró en torno suyo. Sobre el aparador estaban, aún sucios, los platos que sirvieron para la cena de la víspera; en el centro de la mesa veíase el mantel hecho un rebujo, las migajas sobrantes esparcidas en su derredor, y junto al balcón una canastilla llena de ropa blanca atrasada y sin repasar.

—En cambio—prosiguió el viejo señalando á la pared—llueven estampas.

Tirso había comprado un cromo-litografía de la Virgen de Lourdes con marco de moldura dorada, colocándola encima del retrato de Espartero.

—Esto—dijo Pepe—sería sencillamente ridículo si anduviésemos sobrados de dinero: teniendo tan poco, me parece falta de juicio; pero allá él.

--Nó, hijo, nó; ¡si lo ha pagado tu madre! veintiocho realazos. . . ¡y luego vociferan que el agua de Vichy es farsa moderna y que la hidroterapia sale cara!



XXI

Las gentes á cuyos manejos obedeció el viaje de Tirso á Madrid, le mandaron que esperase órdenes en la corte, y él entónces pensó en utilizar algunas de las amistades que, á la sombra de su misión, contrajo con gente de sotana, logrando entrar en una iglesia, donde, á título de suplente, ganaba algo, aunque poco. Un obispo y un ecónomo fueron los protectores, merced á cuyo valimiento pudo actuar en una parroquia, no sin que algunos capellanes se disgustaran, temerosos de que, á la larga, les quitara el pan: otros, en cambio, por simpatía, ó conedores de lo mucho que podía quien le recomendaba, hicieron buenas migas con él, y uno de éstos, viejo achacoso, que tenía fama de avaro, le cedía frecuente